



VIVIRÉ
para siempre
EN TU SONRISA



ROSE GATE

Capítulo 1

Limerencia

Estado mental involuntario propio de la Atracción romántica por parte de una persona a otra

Garbiñe

«No, no, no, ¡no!». ¿Me había quedado dormida? ¿En serio? ¡Yo nunca me dormía!

Abrí la puerta del armario poseída. Ni siquiera sé lo que cogí, mis neuronas no tenían la capacidad de pensar en aquel momento. Algo cómodo, fue lo único que logré asumir antes de pillar la primera prenda con tacto suave que cayó en mis manos después de que tirara con fuerza de la balda y se desmoronasen sobre mi cabeza todas las demás. Ya recogería el desastre después.

Con mi recién estrenado corte de pelo iluminado por unas cuantas mechas —que pedí, expresamente, que no fueran californianas—, me dispuse a entrar en la cocina y tomarme un café, aun a riesgo de que afectara a mi migraña o a la irritación perpetua de mi colon. ¡Pero es que hoy lo necesitaba!

Estaba como una escolar el primer día de clase. Tales fueron mis nervios la noche anterior que no pude conciliar el sueño hasta las cinco de la madrugada. Tenía unas ojeras que Kung Fu Panda a mi lado parecía una modelo de L’Oreal y, encima, ¡no había oído el despertador!

El curso empezaba a las nueve, y eran las nueve y cinco.

Llegué a plantearme si merecía la pena ir, pero, si no lo hacía, tanto Paula como Colmenares me estarían comiendo la oreja durante una semana seguida, y aquello era mucho peor. Además, el curso era muy interesante y me apetecía.

Me calcé los zapatos y me pasé el cepillo como pude por mi escasa melena. El estilista había insistido en que algo de rubio le daría luz a mi castaño natural, pero no esperaba que fuera el hermano pequeño de Eduardo Manostijeras, si es que lo peor que le podías decir a un peluquero era que te cortara las puntas...

Agarré la taza y, con las prisas, me escaldé la lengua. ¡Mierda! Ahora encima la iba a tener dormida, a ver cómo daba los buenos días.

Lancé el resto por el desagüe. Cuando lo tomaba lo hacía solo, la mala leche ya la llevaba de serie. Di un par de saltitos para terminar de encajarme la zapatilla y salir escopeteada hacia la comandancia. Hice un *sprint* que ni en mis mejores tiempos como atleta. Puede que mis campeonatos de atletismo quedaran demasiado lejos, pero la que tuvo, retuvo.

A las nueve y cuarto estaba tirando de la puerta acristalada de la sala de reuniones. Lo hice con tanta fuerza que tuve miedo de que se descolgara. Para lo delgada que era, siempre había tenido

mucha fuerza, aunque puede que las viejas bisagras tuvieran culpa de ello. Seguro que ese pequeño trago que le había dado al café me iba a dar *speed* para todo el día.

En cuanto la puerta se abrió se hizo el silencio más absoluto, una veintena de ojos cayeron sobre mí.

¡Vamos, no me fastidies! Primer curso al que asistía que empezaba a la hora en punto.

Había tenido la esperanza de que se hubieran entretenido charlando y, como siempre, el curso se atrasara media hora, pero no. Allí estaban todos sentados en aquella especie de dónut gigante diseñado para que nadie se perdiera nada, escuchando como escolares atentos hasta que llegué yo.

¡Odio ser el centro de atención! ¿Te lo he dicho? ¿No? Pues ya lo sabes. Si hay algo que no soporto, es tener todas las miradas sobre mí; sobre todo, por hacer algo mal, como es llegar tarde. Soy disciplinada hasta aburrir y me gusta ser así, es de las pocas cosas que todavía conservo de mi padre y no pretendo cambiarlo ahora.

Los rostros masculinos estaban desviados íntegramente hacia mí, algunos luciendo una sonrisita soberbia que acrecentó mi desazón.

¡Odiaba llegar tarde, odiaba saltarme las normas, odiaba ser el centro de atención! Ahora ya te ha quedado claro, ¿verdad?

Bien, pues ahí estaba, la única mujer que se había apuntado, aunque no entiendo muy bien por qué. En Tenerife éramos más de una guardia civil, y si contábamos que el curso estaba abierto a Policía Local y Nacional, lo más lógico era que hubiéramos sido unas cuantas. Aunque eso era lo de menos. Nunca me había incomodado trabajar con hombres, si no, no habría elegido mi profesión.

Traté de serenarme y ofrecí mis disculpas, que fueron admitidas con una sonrisa condescendiente por parte de mi superior, ubicado

en la esquina derecha. Intenté centrar mi atención en él y calmar un poco la opresión que comenzaba a fraguarse en mi pecho.

¡Puñetera ansiedad! Estaba hasta las narices de ella. Uno no sabe lo que es hasta que la sufre, y yo había tenido la mala suerte de que formara parte de mi vida este último año. Pero, claro, si me pongo a contarte la mierda de vida que han sido mis últimos dos años, igual hoy no empiezo ni el curso.

Entré dispuesta a ocupar la única silla vacía que había en la gigantesca mesa, pero, antes de que llegara al hueco ubicado al lado de Colmenares, mi compañero, el comisario, me detuvo.

—Navarro, ya que ha llegado tarde, no se siente todavía. —Lo miré desconcertada, esperaba que no se le ocurriera aplicarme algún tipo de castigo como ponerme de cara a la pared igual que en el colegio. Solo me faltaba eso—. Estábamos tratando de recrear una escena de violencia doméstica con intervención policial y nos faltaba una mujer para que ejerciera de víctima. Como ve, hoy las féminas brillan por su ausencia, he estado cerca de ir a objetos perdidos a por una peluca y ofrecerle el papel a Núñez.

El pobre hombre calvo y de bigote espeso lo miró con horror y después me dirigió a mí una mirada de súplica. Seguro que ya se imaginaba llevando una peluca de esas que se dejaban olvidadas en el calabozo nuestras turistas de primera. Solían ser de colores y estar apelmazadas por fluidos extraños, hasta que pasaban los quince días de protocolo y las de la limpieza las terminaban tirando al vertedero.

—No se preocupe, señor, lo haré encantada.

No iba a oponerme después de haber llegado tarde. Dejé mis cosas sobre la mesa y me dispuse a ir al centro junto a los instructores.

¡Los instructores! ¡Ni siquiera les había echado una ojeada!

Pensé en la charla que había mantenido con Paula ayer por la tarde cuando se emperró en levantarme la moral.

Había caído en picado, llevaba unos meses muy complicados entre mis problemas de salud y mi recién estrenada separación. Todo ello me hizo caer en un pozo más negro que las partes nobles de un grillo hasta que mi mejor amiga y Colmenares se aliaron para sacarme de aquel estado de letargo en el que me había sumido.

—No te tortures más, Garbi. En el fondo, te ha hecho un favor. Tarde o temprano habría ocurrido, era la crónica de una muerte anunciada; solo era cuestión de tiempo —musitó mi amiga restándole importancia a mi separación.

Paula había sido mi único paño de lágrimas con todo aquel asunto. Mis hermanas iban a su bola; para ellas, cambiar de novio era tan difícil como escoger bolso en su gigantesco vestidor. Sí, habían reconvertido mi habitación, en el piso de mis padres, en su particular minicentro comercial donde jugaban a las muñecas con mi madre. En cuanto se aburrían..., ¡zas!, a por el siguiente. Pocos modelos les quedaban por probar, pero yo no era así, nunca lo fui.

No había estado con otro que no fuera Darío, mi ex; de hecho, todavía me ahogaba al pensar en él. Siempre había sido tan perfeccionista, tan creyente en el amor para toda la vida que no llevaba bien mi fracaso matrimonial.

—Ya estamos otra vez. Creo que tu antena wifi falla, deberías revisar la conexión o llamar al servicio técnico. Igual con un poco de suerte el de telefónica está bueno y te la arregla. —Miré a Paula sin entender—. ¡Que has vuelto a desconectar!

—Perdona, parece que hoy todo se me hace cuesta arriba. ¿Qué me has dicho?

—Te preguntaba si vas a apuntarte finalmente a ese curso que dan en el cuartel, te iría de perlas para despejarte. A ti siempre te han motivado esas cosas, creo que es justo lo que necesitas para darle un pequeño giro a tu vida. Además, quién sabe, igual el ins-

tractor está bueno y podrías ligar con él. —Agitó las cejas. ¡Como si eso fuera tan fácil! Paula siempre fue la atractiva de las dos y yo, la anodina, podías pasar varias veces a mi lado y no llegar a verme. Para mi curro era genial, pero para los hombres no es que fuera la leche. Lo único destacable de mi físico eran los ojos.

—¿Ligar? Pero ¿tú me has visto? Si parezco el espíritu de la golosina. A los hombres les gustan las mujeres que tienen dónde agarrar y no un palo al que tienen que coger para que una ventolera no se lo lleve. —Me había quedado francamente delgada, la ropa me bailaba por todas partes. Hacía años que no tenía la treinta y seis, y ahora me quedaba holgada.

—Eres una exagerada, muchas matarían por tu silueta de modelo. Lo único que ocurre es que no sabes sacarte provecho.

—Yo nunca he sabido hacer eso. Con Darío me lie porque me entró de casualidad, si él no lo hubiera hecho, yo nunca me habría atrevido a dar un solo paso. Además, no estoy para tíos ahora mismo.

—Pues ya es hora de que lo estés. Mira, acepto que no te acuestes con uno distinto cada semana como hacen las joyas de tus hermanas, pero una alegría para el cuerpo no te vendría mal. Ya sabes que soy de la opinión de que un clavo saca a otro clavo, y la ferretería está llena de ellos. —Resoplé porque un hombre estaba definitivamente a la cola de mi lista de prioridades—. No bufes, sabes que lo odio. Necesitas empezar a demostrarte a ti misma que la nueva Garbiñe existe, que no es un mito. Me prometiste que ibas a cambiar, a pensar más en ti misma, y yo te veo como siempre.

Agaché la cabeza por la reprimenda.

—Es que yo no soy como tú... —musité por lo bajo.

—Ni yo lo pretendo. Pero, vamos a ver, no me dirás que no eres sexual.

Negué algo avergonzada.

—Vamos, no me fastidies. Lo que pasa es que tenías en casa a uno que se pasaba el día mojando fuera y está comprobado que cuando dejas de usarlo —señaló mi entrepierna— eso se convierte en una ameba. Pero, si lo riegas un poquito —movió las caderas con alegría— vuelve a entrarte el gusanito. No me niegues que no tienes ganas de que alguien te pegue un buen polvo de esos que hacen que se te pongan los ojos del revés.

Solté una carcajada floja.

—No sé si alguna vez me han echado uno de esos.

—Pues razón de más. Llama ahora mismo al cuartel y di que mañana vas a ir a ese curso, a ver si logras que te hagan un máster.

—No voy a ir a un curso para ligar, y menos para meter al instructor en mi cama.

—Vale, pues irás para despejarte, para aprender lo que sea que te enseñen y, sobre todo, para demostrarte a ti misma que estás en el camino de una nueva vida —dijo en tono de advertencia—. ¿No era eso lo que me dijiste que querías cuando por fin tuviste ovarios de pedirle a tu ex el divorcio? —Asentí—. Pues ya está, muerto el perro, se acabó la rabia. Llama ahora mismo por teléfono y que yo te vea decirles que irás.

Sabía que Paula no me dejaría en paz hasta que lo hiciera. Cuando se empecinaba en algo, era mucho más cabezota que yo y, en el fondo, me alegraba de tener una amiga tan persistente.

—Está bien, está bien —admití cuando ella agarró el móvil de encima de la mesita y me lo tendió.

Tras la llamada de rigor a Colmenares, me comunicó que ya había reservado la plaza porque estaba convencido de que al final iría. Si es que tenía unos amigos que no los merecía. Él había sido mi otro punto de apoyo en el trabajo, era mucho más que un compañero con el que compartía el coche patrulla; puede que no al nivel de Paula de confesarle mi escasa vida sexual, pero sí que pondría mi vida en sus manos.

—Hecho. —Colgué ganándome una sonrisa de mi amiga.

—Muy bien, pues ahora solo toca una puesta a punto porque, hija, tu piel y tu pelo vivieron mejores tiempos, y el rollo duquesa de Alba ya no se lleva.

—Pero si no lo tengo rizado —protesté.

—Lo decía por lo de seco. Y mírate las puntas, esas sí que las tienes abiertas, no como tus piernas. Anda, coge las cosas, que nos vamos a la peluquería. Han abierto un salón nuevo en el centro comercial que dicen que hace maravillas.

—¿Un salón nuevo? —Me quedé pensativa, no sabía que alguien hubiera abierto un negocio de esas características en el centro comercial.

—Sí, uno de los de la franquicia de esa chica que ganó *GH singles*.

—¿La del pelo de colores? —pregunté horrorizada. Yo no era capaz de ponerme el pelo de *Mi pequeño Pony*.

—Sí, pero no te preocupes, que hacen de todo. No he llegado al extremo de querer verte con el pelo *furcia* —bromeó—. Me conformo con verte un pelín mejor. Anda, aprovechemos ahora que tienes tiempo y a Rubén le toca con su padre. —Sonreí al pensar en mi hijo, él era mi motor—. Dicen que, cuando una mujer se separa, la peluquera se prepara. No hay separación que valga si no va acompañada de un cambio de *look*. Es como firmar una declaración de intenciones para decir que entras de nuevo en el mercado.

—Genial, ahora voy a ser una acelga.

—De acelga, nada; ya sabes que no soy muy de verduras a no ser que se trate de un buen pepino. Y, en tu caso, había pensado más en convertirte en un objeto de deseo, como un iPhone.

—Pues lo llevas claro. Llego a Huawei y dando gracias.

—Dicen que ahora los chinos son los mejores, no te subestimes. Era una batalla perdida.

—No vas a dejar de insistir, ¿verdad?

—Ya sabes que no.

Me levanté resignada, igual un buen corte de pelo no estaba mal del todo. Paula solía tener razón. Me limité a dejarme arrastrar por ella y disfrutar de una tarde con mi amiga.

Ahora ya me conoces un poco mejor. Puede que en el trabajo me vaya bien, pero en el terreno personal soy una auténtica fracasada. Por eso me atterra cualquier cosa que me saque excesivamente de mi zona de confort.

Debía dar pequeños pasos o esa sensación tan desagradable de ahogo permanente me sacudiría como un huracán en cero coma cinco.

Era mejor que me centrara en lo que me acababa de pedir mi superior y ayudar a los instructores a realizar el ejercicio de demostración. Ni siquiera les había echado una ojeada, hasta que me atreví a hacerlo...

Capítulo 2

Ikigai

Tu vocación o razón de vivir

Garbiñe

¡Madre mía, madre mía! ¡Si eran mossos!

Mi compañero no me había advertido de que los que impartían el curso lo eran. Les teníamos un pelín de animadversión, por no llamarlo tirria. La brecha salarial que había entre los distintos cuerpos policiales los convertía en el blanco de todas las envidias. Eran la niña bonita, los enchufados por antonomasia. Mientras que un mosso d'esquadra recién salido de la academia percibía unos treinta y cuatro mil euros brutos anuales, un policía nacional y un guardia civil en las mismas condiciones cobraban diez mil euros menos. En definitiva, por el mismo trabajo, ellos percibían un treinta por ciento más. ¿Era o no era para estar mosqueado?

Traté de que no se me notara, pero es que las injusticias me ponían de los nervios. Otra de mis muchas virtudes. Sabía que en el fondo ellos no tenían la culpa, era cuestión de política, pero me jodía una barbaridad; misma profesión, mismas condiciones, mismos derechos, ¿no?

Pues no, aquella astillita que todos llevábamos clavada se iba incrustando, provocando que un tic nervioso se instalara en mi ojo.

Cuando logré alzar la barbilla y encontrarme con los dos rostros, fue otro *shock*. Me acordé de Paula, de la charla del día anterior sugiriéndome que me ligara al instructor. ¡Y es que menudo empotrador!

El ojo se me disparó involuntariamente y él, sorprendido, bizqueó.

Menudo bochorno, seguro que pensaba que estaba ligando. ¡Juro que no lo hacía! O, por lo menos, no de forma consciente. A veces el ojo me palpitaba cuando me ponía excesivamente nerviosa, y con un ejemplar como aquel, era para estarlo.

Si hubiera podido, me habría obligado a mí misma a salir del cuartel, dar diez vueltas a la manzana y terminar con cien flexiones para poder calmar la desazón que me producía el catalán uniformado. ¡Y yo que pensaba que Darío era guapo! Aquel morenazo de mirada café provocaba en mí la necesidad de beberme sus ojos. Qué digo sus ojos, ¡su cuerpo al completo!

Debía medir algo más de metro ochenta, tenía una constitución atlética y una expresión entre dura y pícara que derribaba todas mis defensas. ¡Jesús! Eso sí que era una prueba en toda regla.

El otro era más normal. Respiré aliviada porque si no, me habría sido imposible articular palabra o, por lo menos, una coherente.

Se presentaron estrechándome la mano, primero el normalito, Carles Tarradellas, y después el *mojabragas*.

«¡Dios! ¿He pensado yo eso? ¡Paula, sal de mi cabeza!», amenacé a mi amiga. Yo nunca hablaba así ni tenía aquel tipo de

pensamientos impuros, debía ser mi amiga la que con algún tipo de brujería había poseído mi cerebro.

—Sargento Áxel Montoya —se presentó mi galán fundiéndome las neuronas.

—¿Como el desodorante? —me encontré preguntando con absoluta estupidez. Pero es que había ejercido el mismo efecto en mí que en las féminas de los anuncios.

Él soltó una carcajada desvergonzada.

—Casi, pero con ele al final. —Agachó un poco la cara y me guiñó el ojo sin que los demás lo vieran.

Dios, qué vergüenza. Si es que con esa voz parecía el prota de una telenovela. Y mi ojo, alentado por el suyo, volvió a parpadear sumiéndome en un bochorno absoluto que pareció causarle bastante gracia.

¡Por todos los santos, a mí estas cosas no me pasaban! Que yo supiera, solo les ocurrían a las protas de las novelas turcas a las que me aficioné cuando mi marido se fue de casa. Vale, sí, lo confieso, no es que me sienta muy orgullosa de ello, pero por lo menos me permitían desconectar; si me ponía los documentales de la dos, acababa en un sueño sempiterno y terminaba soñando que era devorada por un caimán. Por lo menos, con los turcos soñaba otras cosas.

Vi la lengua de Áxel asomar entre los labios y quise saltarle encima. ¿Violencia de género? ¡Ja! Si me dejaban a solas con él en mi actual estado de enajenación mental transitoria, de lo mínimo que iban a acusarme era de violación con prevaricación y muchísima alevosía.

«¡Sí, nena! —escuché exclamar a mi amiga de nuevo—. Además, se apellida Montoya. Yo de ti se la pelaba como a una cebolla, este te va a hacer llorar, pero del gusto, no como el capullo de Darío».

—¡Cállate! —exclamé dejando perplejo a Áxel, que parpadeó un par de veces.

—¿Perdón?

Más roja no podía estar.

—Me estaba poniendo en el papel. En la violencia de género siempre suele haber una discusión. Disculpa si me he precipitado, debería haberte avisado.

Él me ofreció otra de sus sonrisas desintegrantes. A este ritmo, me veía bajando al vestuario para darme una ducha de agua fría. Parecía una vitro puesta al ocho, menudo calor.

—No pasa nada, me gustan las mujeres de acción, pero por lo menos querría saber tu nombre antes de proceder.

—Sí, disculpa, no me he presentado. —Carraspeé incómoda—. Sargento Garbiñe Navarro, a sus órdenes, señor.

—Yo tendré nombre de desodorante, pero tú lo tienes de tenista —susurró—. Parece que estamos predestinados.

—¿Predestinados? —balucí como un pez fuera del agua. ¿Qué tenían nuestros nombres en común?

—Ajá, ¿qué sería de una buena tenista si la abandonara el desodorante? Su reputación acabaría en dos días, nadie quiere acercarse a alguien que apesta. —La broma me hizo sonreír. Menos mal que la había dicho flojito y el resto de los presentes estaban a lo suyo mientras charlábamos, si es que eso podía considerarse una charla. Paula diría que estaba pelando la pava y, seguramente, no se equivocaría—. ¿Estás lista, Garbiñe?

Mi nombre en su boca había tomado otra dimensión. ¿Cómo era posible que me afectara tanto? «Porque este es un *rompebragas* de manual, y las tuyas están pidiendo a gritos ser destrozadas por el sargento Montoya y su gran po...». «Cebolla, cebolla, cebolla», repetí tratando de obviar a Paula atacando de nuevo. La mandé a callar, menos mal que esta vez no lo exterioricé o mi profe particular habría pensado que estaba loca de remate, y no solo por sus huesos.

Y ahí me vi yo, con mis nervios disparados por la vergüenza y el bicarbonato sódico que debían haberme inyectado mientras dormía, porque sentía la sangre de mis venas convertidas en algo burbujeante.

—Empezamos —anunció en voz alta el sargento Montoya dando las explicaciones oportunas.

Eché un vistazo a la sala con nostalgia. Era un entorno que había echado tanto de menos que, ahora me daba cuenta, no volvería a dejarme llevar por la depresión.

Después de tantos meses inmersa en un calvario, me veía disfrutando de todos aquellos conceptos nuevos que estaban presentando aquel par con la templanza de los que saben de lo que hablan, y por fin, aunque me hubiera costado, me veía sonriendo otra vez. Mi trabajo era mi vocación, mi vida, y eso no podía quitármelo nadie.

El sargento Montoya adoptó una conducta intimidante poniéndose en el papel de agresor. Cada vez que me tocaba, parecían saltar chispas allá donde su mano se posaba. Mi respiración se agitó, y su compañero hizo la demostración de cómo reducir al sujeto.

Mi cabeza había salido del modo psicótico, aparcando a Darío y mi colección de enfermedades. Me vi inmersa en un jaleo de llaves, inmovilizaciones, descargas eléctricas y risas entre compañeros de diferentes ámbitos policiales que me hacía sentirme viva otra vez.

Me había apuntado a un curso abierto de Taser, ya sabes, esa pistola que en vez de dispararte una bala te da descargas eléctricas. Muchos decían que eran peligrosas por los efectos adversos, pero otros lo rebatían y la convertían en una herramienta de defensa nada deleznable. De eso iba la formación de hoy.

Tras romper el hielo y empezando a sentirme cómoda en mi ambiente, me vi diciéndole a Áxel que la sensación que me daba aquel aparatito, que estaba usando para disgregar a los allí presentes, no era para tanto. Más bien lo percibía como un impulso

de los que te dan en una sesión de fisioterapia para aliviar dolores musculares, nada demasiado impactante.

Su mirada chispeante, como un buen vaso de Coca-Cola, que para mí estaba prohibida, refulgió.

—¿Eso piensas?

Asentí chulesca.

—Ven aquí, que te voy a dar la descarga en otro sitio que sea más sensible. —Madre mía, ¿habían encendido la calefacción? Mi vitro estaba al nueve—. Antes te he dado en el cuádriceps; como es un músculo grande, la percepción es diferente. ¿Me permites que te dispare aquí?

Su índice recorrió la parte interna de mi brazo, justo por encima del tríceps. Lo que no provocó la pistola me lo hizo su dedo, me dio tal descarga que tuve que mirar dos veces para cerciorarme de que en la mano no llevaba nada. Su toque mágico cargado de electricidad estática hizo que reverberara todo mi cuerpo.

—Sí —respondí con la boca seca, apenas recordando la pregunta.

Cuando accionó el arma, apuntando al sitio donde me había rozado, noté que se me dormía el brazo entero, lo que desembocó en una risita tonta que no pude contener.

—¿Te gusta? —me preguntó muy atento a mi respuesta.

—Creo que no he recibido suficientes disparos como para estar segura.

Él arqueó las cejas, divertido, igual que los demás presentes, que parecían más pendientes de nosotros que del curso.

—No lo sabes, ¿eh? —Negué mordiéndome el labio. ¿Desde cuándo yo me mordía el labio? Lo solté de golpe, pero ya era demasiado tarde, sus pupilas se habían agrandado con el gesto fijándose en la marca que seguramente habría dejado sobre él—. Muy bien, chica dura, vamos a ver cuán sensible eres.

Me colocó en el centro y, frente a la mirada atónita de los demás, se dispuso a lanzarme varios disparos con su Drive Stunt, haciendo sonreír a la mayoría. Pero no era él el que causaba las risas, sino mis comentarios jocosos acerca de que, si era todo lo que podía hacer con esa cosa, dudaba mucho que nos sirviera demasiado. O los cacos de Cataluña eran bastante flojos o no le encontraba sentido a que después de varias descargas yo siguiera fresca como una rosa. Vi el desafío contrayendo su fuerte mandíbula. Estaba segura de que, si hubiera podido, me habría dado tal sacudida para acallar mis protestas que me habría dejado seca. Sin embargo, había llegado la hora de la segunda parte del curso, no le quedó más remedio que aguantarse y callar.

Áxel fue el encargado de hacer la presentación del Taser, dándonos datos teóricos y mostrándonos vídeos con la intención de preparar a los asistentes para lo que íbamos a presenciar a continuación.

Había llegado el momento de llevar a la práctica la teoría que nos había estado soltando. Mi querido mosso pidió un voluntario para el siguiente ejercicio, dijo que hasta el momento había estado jugando con nosotros, pero que ahora íbamos a ver de verdad lo que ocurría con un disparo certero.

Yo era de las que opinaban que no bastaba con la teoría, que la práctica era parte fundamental en un curso; no obstante, debía ser la única que opinaba así porque mis homónimos varones agachaban la mirada tratando de fundirse con el mobiliario para no ser los elegidos. Nadie quería salir a la palestra y averiguar la potencia que era capaz de alcanzar el aparato.

Los ojos oscuros del instructor hicieron un ligero barrido que se detuvo en cuanto alcé la voz para decir:

—Yo lo haré.

Su sonrisa se amplió al escucharme. No estaba segura de si por el placer de la venganza o porque le gustaba mi osadía.

—Muy bien, venga junto a mí, sargento.

Colmenares me dio un codazo antes de que me levantara.

—¿Estás loca? ¡Que no es para disparar, sino para que te disparen! —me aclaró mi compañero.

—Eso ya lo sé, pero, si no entiendo lo que se siente, no puedo opinar al respecto. Prefiero salir antes que comportarme como una gallina frente al catalán. Parece que os hayan cortado los huevos a todos.

Después de la reprimenda, me levanté con el pulso disparado y un glorioso calorcillo que se extendía por cada lugar donde el moreno colocaba la mirada, aunque no es que hubiera mucho para ver. Lo que hubiera dado por tener un físico como el de Damaris o Elisa ahora mismo. O por haber escogido mi atuendo con un poco más de esmero. Aquella desfavorecedora sudadera gris deslucido apagaba todavía más mi tono de piel.

En cuanto llegué al centro del dónut, el mismísimo presidente de AUGC (Asociación Unificada de Guardias Civiles) me preguntó si estaba segura y, al igual que había hecho mi compañero, recalcó que lo que iba a ocurrir era que iba a recibir un disparo, no a emitirlo. Lo miré con fijeza, directamente a los ojos, como me había enseñado mi padre.

—Ya lo he comprendido, señor, sé de lo que va el ejercicio y, por supuesto, soy voluntaria para que me disparen. ¿Cómo si no voy a saber lo que ocurre cuando alguien es alcanzado? —Mi comisario, el presidente y todos los allí presentes me miraron con admiración. Creo que incluso mi instructor favorito lo hizo.

Y ahí me vi yo, nuevamente, siendo el centro de la reunión, con una mezcla de orgullosa valentía y la sensación de que, en vez de comerme yo al dónut, me iba a comer él a mí.

Áxel se aproximó a mi espalda, su aroma estalló como un festival de *rock* en mis fosas nasales. No me malinterpretes, no porque olierá a roquero sudado, todo lo contrario, sino por la intensidad en la que me vi envuelta. Tenía ganas de cerrar los ojos e inspirar